

Magnus Dagon

LOS CAIDOS

Ruben Davila

No.40

AGOSTO 2017

Delta



NGO
3660

040





EN EL NÚMERO ANTERIOR:

Una progenie de robots fabricados con chatarra, presumiblemente empleando en parte los poderes de Batería, asalta las calles de la ciudad, pero los cazarrecompensas, el escuadrón de Sam Grove y Filo Omega los detienen y deciden buscar en el subsuelo, foco de origen del ataque.

#040: Delta

Autor: Magnus Dagon

Ilustración de portada: Rubén Davila

Ante nuevos tipos de enemigos, la necesidad de plantear nuevas estrategias. Afianzar las alianzas ya existentes, recurrir a toda clase de influencias.

Prepararse ante la aparición de cualquier tipo de obstáculo, por inesperado que éste pueda resultar en un contexto preliminar.

—¿Cómo lo has conseguido? —preguntó Ellie una vez más a Grove en lo que ambos se dirigían al estudio de grabación, situado en pleno centro de la ciudad, rodeado de las zonas de mayor ambiente, siempre con locales abiertos pues la noche nunca desaparecía en Ernépolis debido a la sempiterna Nube—. Aún me cuesta creerlo.

—Pues créetelo —fue el comentario de Grove, sabedor de que se había marcado un tanto con esa sorpresa—. No quise decirte nada porque tal vez no hubiera podido contactar con ellos, ocupados como están siempre con giras y conciertos.

En realidad no quería decir nada a Ellie de ello porque las circunstancias en que les había conocido tenían que ver con su otra vida, aquella que quería alejar a toda costa para protegerla, pero dado que también aquellos a los que quería visitar tenían una doble vida que proteger tanto mejor hacerse pasar por un fan más de ellos, cosa que ya era antes de convertirse en el enlace con Los Caídos, de hecho.

En lo que llegaban al estudio Grove estuvo a medias escuchando a Ellie, a medias reflexionando para sí mismo. Hasta aquel momento había sido fácil compaginar su vida personal



con su labor en la organización. Aún era estudiante y tenía tiempo libre por delante, y por supuesto no vivía con Ellie, por lo que eso ahorraba muchas explicaciones de difícil justificación. Para sus compañeros de estudios pasaba más tiempo con su pareja de lo habitual. Para su pareja pasaba más tiempo estudiando del habitual.

Sólo esperaba que un día no se juntaran a hablar para notar que las piezas del puzle no encajaban en su totalidad.

Las peores fechas solían ser las temporadas de exámenes y el fin de las clases. El motivo era que, en los exámenes, sus notas solían resentirse bastante, y en época de descanso no disponía de ese tiempo libre que en teoría debería poseer. Solía tener que hacer auténticos malabares para justificar aquellos días peliagudos.

Aun con todo, razonó, siempre sería mejor que la vida que le había tocado llevar a muchos de los veteranos. También empezaron muy jóvenes a patrullar por las calles, pero la diferencia era que en la mayor parte de los casos estaban solos y sin apoyo posible. Algunos, como era el caso de *Scream*, pagaron un precio muy alto que Grove esperaba no tener que conocer jamás, pensó observando a Ellie como sólo un enamorado puede percibir a su objeto de deseo.

Llegaron al fin al estudio y, tras comunicar los nombres de Sam Grove y Ellie Wing al portero y comprobar que tenían derecho de acceso, les dejó acceder al interior. Ellie, aunque estaba muy emocionada, se comportó con absoluta discreción y serenidad. Era una persona responsable, pensó Grove, y eso le gustaba de ella. No se arrastraba por absurdos comportamientos fanáticos y pensaba las cosas con calma y decisión. Fue por ello que cuando conoció a Echo y Delay, dos de los miembros de *The Jammers*, no se dejó llevar por histerismo de clase alguna y se limitó a escucharles hablar mientras les enseñaban el estudio de grabación e improvisaban los primeros compases de alguna de sus canciones más conocidas con el bajo o los teclados.

Luego del paseo de rigor por las instalaciones, Delay se ofreció a acompañar a Ellie a la sala de prensa, donde había aún algunos ejemplares de su último single, fabricados en exclusiva para los medios debido a que su música se compraba de manera casi absoluta de manera descargable. Allí lo escucharían, se lo firmaría y luego volverían con Grove y Echo.

Una excusa como cualquier otra para que Echo y él pudieran hablar a solas, pero al fin y al cabo válida y necesaria en ese mismo momento.



—Una chica simpática —comentó Echo, que llevaba una gorra del grupo Delerium—. No rompas su corazón, está loca por ti y se le nota.

—Tanto como yo por ella —dijo Grove sin dudarlo un segundo—. Gracias por responder tan pronto a nuestra llamada.

—Dio la casualidad de que Delay y yo estábamos grabando las bases de algunos temas, nunca antes habíamos probado a trabajar en Ernópolis, pero tiene un ambiente... no sé cómo decirlo... inspirador. A Distorsión y los demás, sin embargo, les ha resultado imposible estar aquí, por desgracia.

—Imagino que ya sabrás a lo que he venido.

—Sí, cuando grabamos solemos aislarnos del mundo, pero algo así es difícil de obviar. Máquinas alocadas asaltando las calles, ni más ni menos.

—Fue tan fugaz como efímero, al igual que el intento de atacar las obras de la autopista. Mis superiores creen que están usando la ciudad de campo de pruebas o algo similar.

—¿Y qué es lo que tú crees? —preguntó Echo de repente.

—Hay algo raro en todo esto, sin duda. Esas máquinas me pusieron los pelos de punta. Además, no habíamos visto hordas similares en nuestra vida.

—Y crees que nosotros podemos ayudarlos.

—Cualquiera de vosotros sería de gran ayuda, teniendo en cuenta vuestra relación especial con lo electrónico. En concreto Delay y tú no estáis precisamente indefensos contra ellas, teniendo en cuenta que sus disparos y su velocidad son sus cualidades más peligrosas.

Grove se detuvo un momento. Bajó la cabeza, como si llegara a la parte compleja y desagradable del asunto, y siguió hablando.

—El problema son los militares. Estaréis arriesgando vuestra identidad ante ellos, aunque os haremos pasar por cazarrecompensas con los que Fortaleza ha contactado.

—No te preocupes por eso. Nos limitaremos a llevar pasamontañas, sin más. Sólo hay una cosa que me molesta...

—¿El qué?

—Que no podré llevar ninguna de mis gorras. Y te garantizo que a Delay no le va a hacer gracia separarse tampoco de sus gafas de piloto —terminó justo antes de que los dos ausentes regresaran de nuevo a la sala de grabación.



Una vez de vuelta en el Aquerón, y tras separarse de Ellie, Grove confirmó en el hemiciclo, en una reunión extraordinaria de los directores de escuadrón, que podían contar con la ayuda de los miembros de The Jammers que estaban en la ciudad.

—Esperemos que sea suficiente —se limitó a comentar Razorclaw, preocupado.

—Lo será, Charles, no te preocupes —añadió Scream. Pero al líder de Los Caídos le bastaba con mirar los rostros de sus comandantes para darse cuenta de que estaban preocupados por el transcurso de los acontecimientos. Ya no sólo porque no tenían claro contra qué o quién estaban luchando, también por la fuente de información que Scream se vería en breve obligado a utilizar.

—Ten cuidado, John —comentó Saw, haciendo público el pensamiento de todos.

—Insisto en que deberías llevar escolta —comentó Swind.

—No, Matt, no es buena idea. Ese sujeto es experto en espionaje, se daría cuenta al instante. No tenéis por qué preocuparos. No es un guerrero, sino un emisario.

—Un emisario de uno de nuestros peores enemigos —completó Razorclaw.

—Así es. Pero ahora mismo, la única llave que tenemos para abrir la sala de los secretos —terminó Scream, dando por concluida la reunión.

Después de aquello, sólo quedaba hacer algo que a Scream no solía gustarle. Esperar. Fingir, además, que todo estaba bien, que todo estaba en orden. Seguir diseñando naves, recalibrando el navegador del proyecto espacial.

Subir de vez en cuando a la terraza de Gorgon Enterprises, a la espera de que el objetivo se dignara al fin a mostrarse.

No tardó mucho en hacerlo. Dos días, para ser exactos. Scream supuso que el primer día se limitó a observar y el segundo se decidió a revelar su presencia.

Apareció de improviso, mirando de nuevo al paisaje siniestro y urbano, como si siempre hubiera estado ahí, como si hace tres segundos ese lugar no hubiera estado vacío.

—Aquí estoy —dijo Caronte, apoyado en su bastón—. ¿Qué asunto deseas tratar?

—Lo sabes muy bien, mensajero. Queremos saber de dónde surgieron esos robots y dónde se esconden los paramilitares. Creo que además puedes desvelar ambas cosas con una sola respuesta.



—¿Y por qué, en nombre de mi señor, iba a tener que decir algo así?

—Creo que tu señor no tenía esas máquinas en mente para sus planes de futuro, sean lo que sean. Además, intuyo que no debe estar muy contento con el caos que provocan.

—A mi señor no le desagradan las muestras de fuerza, aunque es cierto que son para él más una herramienta que un fin, no como el que manifiestan esos artefactos, que se mueven sólo por instinto destructor.

—¿Hablarás, entonces?

Caronte se quedó pensativo un momento, llevándose la mano a la cara y retorciendo su bigote.

—Hablaré, pero que conste que mi señor, intuyendo tus intenciones, me ha dicho que te transmita que me permite hacerlo principalmente por tu intervención en el asunto de Afrodita, cuando te pusiste de su parte y en contra de tus aliados. Con esto, ya está en paz contigo.

Scream no dijo nada. No llevaba el traje puesto, pero se comportaba como si así fuera.

—Un operativo así no es fácil de esconder en la superficie. Sin duda están bajo tierra.

—Los militares ya están rastreando el alcantarillado sin éxito.

—Yo buscaría proyectos más concretos. Obras subterráneas recientes, digamos.

—Entiendo —dijo Scream, viendo confirmados sus peores temores en ese momento—.

Bien, gracias por la información.

—No hay por qué darlas. La deuda entre nuestras organizaciones está saldada.

—Vosotros no sois una organización. Sois un conjunto de esbirros al servicio de la caprichosa voluntad de un solo hombre.

—Si ese hombre es inteligente, y sus actos son desinteresados, no veo por qué no es buena idea servirle. Al fin y al cabo, vosotros, sin duda, también sois el producto del sueño de un hombre —dijo separándose con calma del borde de la terraza. Después de eso caminó a lo largo de ella, a paso tranquilo, hasta que se desvaneció sin dejar rastro.

Scream volvió a quedarse solo. Al menos, en apariencia.

—Puedes salir —dijo con calma—. Ya hace tiempo que noté tu presencia, y seguro que él igual.

‘Él también se guarda trucos en la manga, sin duda —contestó Shockman, saliendo de las sombras proyectadas por uno de los accesos más cercanos desde la terraza hacia pisos inferiores.



—Agradezco tu gesto protector, pero...

‘No me agradezcas nada. Lo hago por ellos. Porque son demasiado pusilánimes como para llevarte la contraria. A mí no me importa lo más mínimo lo que te pueda suceder.

Después de eso regresó a las sombras de nuevo, y acto seguido Scream sonrió. Hay cosas que parece que nunca cambian, pensó con serenidad y cierta nostalgia.

Tal como Grove había acordado con Fortaleza, ellos servirían de enlace entre Los Caídos y Filo Omega, al menos en lo relativo a la información que estaban a punto de facilitar a la imperturbable soldado y sus leales subordinados. Al mismo tiempo se encargaron de mediar para que Echo y Delay pasaran por ser otros cazarrecompensas, aunque el hecho de que llevaran los rostros cubiertos no fue precisamente bien recibido.

—Que se quiten los pasamontañas, y entonces podrán acompañarnos —declaró la soldado, rígida e inflexible.

—Esas son sus condiciones —explicó de nuevo Repulsor, entre ella y los dos miembros de The Jammers—. Nada de identidades, nada de preguntas. No confían en los militares, por eso no quieren mostrar su rostro.

—¿En qué pueden sernos útiles, acaso?

Echo dio un paso adelante. Después se limitó a mirar a uno de los soldados y pronunciar una sencilla orden.

—Dispárame.

El soldado miró a su superiora, como esperando una confirmación. Filo Omega se limitó a asentir.

El disparo, en principio dirigido al brazo de Echo, rebotó como si hubiera chocado contra un muro invisible y atinó de nuevo en el arma del tirador, rompiéndola en pedazos en sus mismas manos, sin que pudiera siquiera reaccionar a tiempo para soltarla antes de sentir cómo se le quemaban las yemas de los dedos, y salió corriendo en busca de agua para aliviar aquel ardor insoportable.

—¿Qué hay de él? —dijo señalando a Delay.

—No es muy hablador ni amante de las exhibiciones —se limitó a aclarar Echo—. De más está decir que si no viene él yo no voy tampoco.



—De acuerdo —comentó Filo Omega, contrariada por tener que dar marcha atrás en una decisión—. En cuanto a ti... —miró a las sombras, donde parecía no haber nada—, más te vale no intentar ningún truco, y que la información que nos has dado sea buena.

Se giró y encabezó el descenso a través del ascensor de bajada de las obras subterráneas de la autopista. Uno por uno, todos entraron, *Scream* el último. Desde fuera parecía como si lo tuviera todo controlado y planificado, pero la realidad es que estaba tan perdido como todos los demás respecto a qué podían encontrarse exactamente ahí abajo.

No hubo problemas de espacio ni de movilidad en aquellos túneles una vez el mugriento ascensor alcanzó el estrato inferior, que había sido ya perforado. A pesar de la previsible oscuridad, lámparas de mano convenientemente colgadas cada varios metros y unidas con un cable al generador exterior alumbraban el único camino posible. El terreno era arenoso y poco practicable. Varias estructuras de acero provisionales aseguraban el techo de aquel túnel polvoriento.

A la cabeza iban Filo Omega, *Repulsor* y *Barrera*. En segunda línea, además de los soldados, estaban *Echo* y *Delay*, a los que se les había asignado los nombres provisionales de *Tecno 1* y *Tecno 2*, respectivamente. A la retaguardia, *Silencio* y *Scream* a su lado, vigilando que nadie tratara de emboscarles desde la dirección en la que venían.

Había muchos túneles por aquella zona, y el ascensor llevaba a gran cantidad de niveles distintos. Pero aquel nivel, el más profundo, no había sido apenas visitado desde que se perforó, en previsión de trabajar primero en los superiores, para tener una infraestructura sólida que permitiera moverse con más facilidad por niveles más alejados y complicados en términos de obras públicas.

A efectos básicos, eso era tanto como decir que nadie había estado por allí desde que se empezó a levantar toda la zona, o por lo menos nadie que no fuera ajeno al personal de construcción.

El camino era sencillo y sin demasiadas florituras. Aparte de la estructura de sujeción y las paredes con alumbramiento improvisado, poco más había fuera de lo esperable en una horadación subterránea que llamara la atención de los que allí estaban. Eso sí, el tramo recorrido era más largo de lo que parecía a simple vista, y pronto se dieron cuenta de que habían perdido toda posibilidad de comunicación con el exterior.

—Estamos aislados —apuntó *Repulsor*, no muy contento con la idea de no poder hablar con el exterior. Filo Omega no hizo caso y se limitó a seguir avanzando, iluminando a su paso el camino



con el brillo de su propia arma. Al poco de proseguir el camino se detuvo ante unos bultos imprecisos que aparecieron un poco más por delante de su posición, imposibles de distinguir debido al contraluz.

No fue necesario hacerlo, sin embargo. Bastó con que se acercaran un poco más para que se elevara y comenzaran a volar por cuenta propia, revelando el amasijo de metal que componía a cada uno de ellos.

—Nuestro turno —se limitó a decir Echo—. Apunten bien las armas —comentó mirando a los soldados—, a ver quién se lleva el premio de la barraca hoy.

Las máquinas, prácticamente iguales a las que hollaron la superficie de la ciudad, caminaron a toda velocidad, con movimientos erráticos, hacia la teclista y el bajo de The Jammers, que se echaron a un lado para dejar línea de fuego a los soldados. Echo iba por delante, cubriendo a su compañero, y todo disparo en su dirección era automáticamente rebotado hacia las coordenadas de las que provenía, aunque debido a la caótica trayectoria del enemigo era difícil acertar en el blanco pues no solían permanecer allá donde habían disparado.

Eso cambió de manera drástica cuando Delay entró en acción. Protegido por su compañera, se limitó a concentrarse y todos los artefactos empezaron a moverse como a cámara lenta, igual que en una escena de acción ralentizada de una película.

—No durará mucho así —dijo Echo—. ¡Disparen!

La reacción de los soldados no se hizo esperar. De hecho, estaban más que entusiasmados con la idea de jugar a tiro al blanco contra aquellos cacharros retardados, y los frieron a disparos antes siquiera de que supieran qué era lo que les había dado.

Sólo uno quedaba en pie, debatiéndose por moverse e intentar escapar de aquella trampa a la que habían sido sometidos. Filo Omega dio un paso adelante y, con desprecio, dio un tajo al aire que, al propagar la energía, partió en dos a su indefenso enemigo.

—Tan fácil que podríamos hasta confiarnos en exceso —se limitó a decir apartando los restos de una patada y prosiguiendo el avance. Antes de que se marcharan de allí observó unas rejillas que surgían del techo—. Por ahí es por donde debían subir a la superficie —observó.

No tardaron mucho hasta que empezaron a encontrar las primeras cajas de embalaje, cartuchos gastados y toda clase de chatarra inservible, tal vez materia prima para la elaboración de



nuevos androides chalados. Al fondo pudieron ver los primeros parapetos de una improvisada base de operaciones elaborada a base de tiendas, estructuras y armamento montada.

Todo el mundo calló. Filo Omega empezó a dar órdenes a los suyos para que avanzaran con cuidado. Era obvio que les habían cogido por sorpresa. Scream y Silencio avanzaron, aprovechando la ventaja que tenían en términos de sigilo, y fueron testigos de cómo los paramilitares eran, en general, desarmados sin que apenas pudieran oponer resistencia. Un poco más al fondo encontraron a Batería colgado como si fuera un condenado esperando el momento de la ejecución.

Repulsor y los suyos se apresuraron a bajarle de allí, reventando los grilletes con golpes precisos de la vara de Barrera. Al mismo tiempo notaron que todo un complejo cableado surgía de su brazo biónico e iba a parar hacia algo que estaba en una esquina de la sala, en el interior de un contenedor de seguridad. Poco a poco el secuestrado fue recuperando el conocimiento.

Qué fácil ha sido todo, pensó Repulsor. Demasiado fácil, de hecho...

Giró los guanteletes y apuntó a Filo Omega justo cuando ésta estaba a punto de esposar a uno de los insurrectos.

—¿Qué crees que estás haciendo, cazarrecompensas? —dijo enfurecida.

—Lo que debería haber hecho hace tiempo. Todo esto es sólo teatro. Tú eres la líder de este grupito. Qué oportuno que aparecieras después de que se llevaran a Batería, o más tarde que esas cosas arrasaran la ciudad.

—Esto no quedará así —fue su contestación escueta. El soldado que estaba frente a ella, sin embargo, la miró fijamente. Agarró el colgante que llevaba al cuello y se lo arrancó de un tirón. Al instante todo el mundo le apuntó, pero estaba justo al lado del cofre sellado y de contenido desconocido.

—¡No disparéis!—gritó Filo Omega a sus soldados—. ¡No sabemos lo que hay en ese cofre!

Sí, pensó Scream, eso es cierto, pero sin duda algo raro se estaba cocinando en todo ese asunto.

‘Ya no nos engañas, Filo Omega. Cuenta la verdad —declaró.

Filo Omega miró silenciosamente a Scream, con un gesto a medias entre el odio más absoluto y un indiscutible desprecio hacia alguien considerado como un inferior.

—Tú te atreves a hablarme, que eres sólo un fugitivo, carne de prisión.

‘Creo que en este caso estamos hablando de renegado a renegado.



—Sí, soy una renegada. ¿Sabes por qué, sombra despreciable? Porque me arrebataron lo que me pertenecía por derecho. Yo soy la mejor soldado de todo el ejército. ¡La mejor! Tan buena era que pensaban darme un traje, una coraza con la que hacerme imbatible, convertirme en el soldado definitivo. Pero dijeron que no era buena idea. Que podía enajenar mis sentidos. A mí, que he superado las más duras pruebas físicas y psicológicas.

»De hecho, el proyecto era demasiado para los científicuchos de la Luna, pobres estúpidos, y se les fue de las manos. Pero los que aún me eran leales me dijeron que había una posibilidad, un segundo prototipo más potente, pero que no había sido comprobado.

El soldado que la había arrebatado el colgante la miró solemne, lleno de orgullo hacia su superiora.

—¡Y ahora será suyo, mi señora! —dijo tratando de introducir el colgante en una ranura del contenedor. Una andanada de disparos le hirió con efecto letal, pero era demasiado tarde. Antes de morir, logró cumplir con su objetivo.

El estruendo que resonó en ese instante fue tal que muchos de los presentes tuvieron que apoyarse en las paredes para no precipitarse al suelo. El contenedor comenzó a abrirse como un sarcófago y de su interior, cubierto por una nube de gas, surgió una inmensa silueta.

Scream lo comprendió entonces, antes de poder vislumbrarla. Todo ese tiempo delante de ellos, de sus mismas narices. Pensaban que el colgante llevaba sus datos personales, pero no era así. Qué estúpidos habían sido.

Fue la *a* mayúscula la que les despistó. Una inicial que parecía corresponderse con el nombre de Angela Mason, pero en realidad de algo muy distinto.

Por eso Scream no tuvo la necesidad de contemplar la inmensa servoarmadura que tenían ante sus ojos para comprender que aquella *a* era, en realidad, la inicial de Armor, uno de sus más imparables enemigos.

EN EL PRÓXIMO NÚMERO:

¡Armor ha vuelto, y en mejor forma que nunca! Además de eso, ¡ahora tiene aliados! ¡Pero esto no es aún la conclusión! No te pierdas 'Epsilon', ¡porque lo peor está aún por llegar!



colaboran:

tiendas:



www.atlanticacomix.com

editoriales:



www.alfaeridiani.com



www.edicionesevohe.com



<http://aroz.izar.net>



www.grupoajec.es/



www.ngcficcion.es/

ngc 3660

www.ngc3660.es

2011, Copyright Magnus Dagon por el texto.

2011, Copyright Rubén Dávila por la ilustración.

Web de Magnus Dagon: www.magnusdagon.com

Web de Rubén Dávila: <http://ruben-davila.blogspot.com/>